

PALEOSARDO E IBÉRICO. CUESTIONES DE MÉTODO

1 Objetivos

El objetivo que me propongo en esta breve intervención es examinar los presupuestos metodológicos que permiten emparejar estructuras lingüísticas pertenecientes a sistemas de substrato en el Mediterráneo antiguo. El interés fundamental de mi contribución radica en la necesidad absoluta de valerse de un método muy calibrado que nos permita excluir el azar. Los postulados teóricos y aplicativos que discutiré descansan en la objetiva condición que solamente estructuras morfológicas deducidas de un *corpus* limitado de datos mediante un método riguroso pueden ser consideradas equivalentes. Se trata pues de poner en valor el método de deducción de tales estructuras, lo que en realidad no es tarea tan difícil, pues ya son varias las lenguas de substrato que han quedado sometidas a una aplicación minuciosa de esquemas modernos de análisis estructural. En fin, el primer punto que introducirá el tema concierne a la secuencia lógica que úne estrechamente los nombres apelativos con los topónimos y éstos a su vez con los antropónimos. Este primer punto se revela imprescindible al tratar de conectar dos lenguas que se conocen por *corpora* muy distintos y además nos permitirá reflexionar sobre la posible semántica subyacente a los elementos onomásticos comunes.

2 Epigrafía y Toponomástica

Entre las lenguas de substrato del Mediterráneo antiguo hay algunas que se conocen prevalentemente por los restos epigráficos que las han restituido. El ibérico es, bien sabido, una de éstas, como lo es también el etrusco. Hay otras lenguas antiguas menos afortunadas, como es el caso del paleosardo, cuyos únicos testimonios lingüísticos se encuentran en la toponomástica, y en parte en la onomástica personal reflejada en algunos apellidos comunes. El punto común que precisamente une estas dos lenguas se encuentra en la presencia, en el *corpus* ibérico, de *onomástica* que se puede reflejar igualmente en la *toponomástica* ibérica o extrapeninsular, dado que el *nomen appellativum* se convierte en *nomen*

loci y éste a su vez puede dar lugar a un *nomen proprium*. Quien se llama *Xavier* y vive en un pueblecito que se llama *Xavier* comparte en el nombre personal y en el nombre de lugar el mismo origen remoto, es decir vasco *etxe berri* ‘casa nueva’. Y lo mismo sucede con topónimos que se repiten en antropónimos, cuales a saber: esp. *Montenegro, Peñarroja, Riotinto*; it. *Fiumefreddo, Ripamonte, Pietranera, Cimarossa, Roccabianca, Vallebona*; ingl. *Blackwell* ‘pozo negro’; cat. *Queralt*; fr. *Vaubrun y Mareches* (< *mare*) = v. *Arambelza y Loidi* = it. *Vallombrosa* = al. *Schwarzatal* y esp. *Barros*; ár. *Wadī Asmad* ‘río negro’ etc. De esta manera podemos establecer una primera correlación de tipo causal-genético, una vez determinados los principios estructurales que muestran perfecta correspondencia entre elementos pertenecientes a dos lenguas diferentes:

% lengua A: datos epigráficos	-	lengua B: datos toponomásticos
> raíces onomásticas	=	raíces toponomásticas

Así pues, si halláramos un nombre de persona que se llama *Queralb* y supiéramos que hay lugares que se llaman *Queralb* en los Pirineos, y conociéramos además el significado del catalán antiguo *quer* ‘peña, roca’ y *alb* ‘blanca’, no habrá la menor duda de que el nombre de persona y el de lugar coinciden plenamente en su valor semántico y reflejan solamente una antiquísima *consuetudo* de los primeros pobladores de una región, los cuales intentaban motivar con *nomina appellativa* los lugares más destacables de su alrededor con el propósito de poder orientarse. En este caso partimos de la suposición de que *quer* y *Queralb* pertenecen al mismo diasistema lingüístico (catalán pirenaico), pero como veremos más adelante hay motivos suficientes para considerar que en un pasado lejano una base /ker(e)/ sirvió para formar topónimos y antropónimos en lenguas que hoy son de substrato, pero que muestran la mismísima correlación funcional.¹ Con estas premisas me dirijo al punto fundamental de mi relación, es decir, cómo podemos alcanzar una seguridad mínima que nos permita establecer correlaciones entre estructuras morfológicas pertenecientes a dos lenguas muy distintas y lejanas entre ellas.

¹ Blasco Ferrer (2010) para estas premisas.

² Untermann (1990, I) para las bases.

3 Método estructural. *Item and Arrangement*

El método de deducción de estructuras constituyentes de una lengua que presento rápidamente, es harto conocido y fue introducido por Charles Hockett en 1954 bajo el nombre de *Item and Arrangement* (variaciones mínimas en *Item and Process*). Naturalmente la *Morfología* moderna, en todas sus variantes, ha perfeccionado la plataforma hockettiana, aunque sin provocar alteraciones notables. A la base del método está la distribución y la frecuencia de unidades mínimas llamadas *morfemas*. Una rápida ojeada al ibérico y al vasco nos permitirá ahorrar mucho tiempo y esfuerzo y sintetizará a la perfección lo que quiero subrayar.

*Ibérico*²

biur-iltir

iltir-bas

bas-tartin

tartin-isker

isker-atin

atin-bels

bels-sosin

sosin-biur

Por consiguiente: *biur, iltir, bas, tartin, isker, atin, bels, sosin, biur*.

*Vasco*³

arrain < **e-da-ra-don-i* 'pez'

hidoi < **hur-don-i* 'charco, estanque'

hibai < **hur-ban-i* 'río'

hibar < **hur-bar* 'valle atravesado por río'; del mismo modo:

ze-zen 'toro'

³ Véase el último trabajo de Lakarra (2011) para estos morfemas.

gi-zen ‘grasa de la carne’
gi-bel ‘hígado’
sa-bel ‘estómago’

Como se puede observar fácilmente, la descripción morfológica de las dos lenguas se desprende automáticamente de la segmentación de estructuras complejas a través de una minuciosa selección de unidades mínimas altamente frecuentes. Pues bien, la aplicación de tal método ha puesto en evidencia una clara tipología estructural del paleosardo y ha permitido obtener un elevado número de morfemas constituyentes. He aquí una mínima ilustración.

*Paleosardo*⁴

<i>otz-is-ai</i>	<i>is-ai</i>
<i>lok-otz-ai</i>	<i>otz-ei</i>
<i>is-or-oi</i>	<i>or-ene</i>
<i>lok-ol-ai</i>	<i>lok-ele</i>
<i>or-os-ei</i>	<i>os-ala</i>
<i>ov-ol-ai</i>	<i>ovi-ai</i>
<i>org-ós-olo</i>	<i>org-ai</i>
<i>ov-ost-ol-ai</i>	<i>ost-ele</i>
<i>org-ór-isti</i>	<i>isti-ai, istil-ai</i>
<i>org-ost-orr-o, orr-ol-otz-o</i>	<i>orri-ai</i>
<i>bid-istil-ei</i>	<i>bid-ui</i>

Siguiendo esta misma pauta he logrado aislar los siguientes morfemas que se repiten, con extraordinaria frecuencia, en el *corpus* ibérico y que con la salvedad de algunas particularidades fonéticas que se pueden explicar fácilmente dentro de ambos sistemas lingüísticos representan a mi parecer elementos ibéricos en el substrato paleosardo: *arki-*, *ars-*, *bar-*, *ili*, *kere*, *laku*, *ortu*. La comparación que sigue quiere mostrar las concordancias estructurales existentes y proponer una semántica válida para las estructuras ibéricas fundada en los datos toponomásticos, o sea

⁴ Blasco Ferrer (2011a) para más ejemplos comentados.

en la detallada descripción de los referentes que han dado lugar a las denominaciones, naturalmente sin llegar a conclusiones apodícticas.

4. Paleosardo e Ibérico

En los siguientes puntos de este párrafo daré a conocer, en primer lugar, las correspondencias formales entre las dos lenguas de substrato, apoyadas en algún caso por reglas fonéticas particulares, y en segundo lugar el posible significado, central o marginal, que se puede asignar a los morfemas ibéricos en base a los *denotata* toponomásticos paleosardos. El esquema deductivo es, sintéticamente, el siguiente:

FORMA		SIGNIFICADO	
Ibérico <i>vs.</i> Paleosardo	Ibérico = Paleosardo	Paleosardo → Ibérico	
<i>Reconstrucción</i>	<i>Comparación</i>	<i>Deducción</i>	

4.1. ar̄ki

Se trata de un morfema bien identificable en el *corpus* ibérico, con las variantes *arke-* y *arkis*⁵ (*ar̄keboŕ*, *ar̄kiśabar* etc.). En Cerdeña, la forma usual en el Centro de la isla, donde se conserva más límpidamente el substrato, es *ar̄ki-*, en el sur con la típica palatalización, *ar̄ci-*, así p. ej. en las minas de obsidiana del *Monte Arci*, que han servido durante el Neolítico para abastecer a la costa provenzal y catalana con el precioso mineral negro (*ark-énn-ere*, *ark-énn-ui*, *ark-il-ai*, *ar̄ci*, *ar̄c-eli*, *ar̄c-eri*). En este caso, es menester confesarlo, no tenemos nada más que un indicio, o sea la indicación de lugares que muestran explotación de minerales preciosos para la organización social de aquel periodo prehistórico. Mi propuesta es que *ar̄ki* designe algo así como ‘mineral precioso’, o una metonimia relacionada con ese valor inicial.

4.2. ar̄s

El morfema *ar̄s*⁶ está bien establecido en el *corpus* ibérico, y ha recibido también un significado bastante aceptable⁷, de ‘peña, roca, recinto amurallado’. Pues bien, en la Cerdeña prehistórica habría varios

⁵ Untermann (1990, I: 211, § 7.14); Moncunill (2011: 48).

⁶ Untermann (1990, I: 211, § 7.15).

⁷ Rodríguez Ramos (2002).

compuestos con *ars*, que se han perdido con el tiempo o que han cambiado su estructura a causa de desarrollos fonéticos particulares. El más interesante parece ser *arse-kene*, con *-kene* < **kere* por simple cambio de consonantes homorgánicas (*Gúspiri* – *Gúspini*, *Ússara* – *Ússara*, *Golo-anitzo* – *Golaritzé*), que hoy es *Arzachena*, pero que durante todo el periodo neolítico y calcolítico ha representado la típica cultura de ‘círculos megalíticos’, o sea de bloques de piedra en círculos y estructuras similares.⁸ También *ársé-mini*, con un sufijo que en realidad podría esconder una base paleovasca (**bini* > *mini*), hoy *Assémini*, nos restituye una ‘mitad’ (*bini*) de territorio rellena de chozas primitivas en roca y estructura de futuro *oppidum*. En fin, el pueblo medieval de *Arsu-neli*, en la provincia del Oristanese⁹, se revela particularmente interesante porque muestra el segmento *nele*, *neli* < *mele* < **bel* ‘negro’ y el morfema de unión (*linking-interfix*) *-u-* de *turru-nele* ‘fuente negra’ (v. *iturri*) o de *isti-u-nele* ‘pozo negro’ (v. *isti-l*). Se trataba seguramente, como en el híbrido semítico *maqu-mele* (*maqom* ‘asentamiento, centro primitivo’), de un terreno de lava volcánica, y por eso de suelo basáltico, oscuro, con los bloques en piedra del mismo color. La hibridación con el elemento paleovasco confirma la llegada tardía y la mezcla de pobladores ibéricos en la Cerdeña calcolítica y de la Edad de Bronce.

4.3. **bar**

Sobre la base *bar*¹⁰ ya expuse mis ideas en la reunión de Gandía del año pasado, y además presenté en el Congreso Internacional ICOS de Barcelona (septiembre 2011) la hipótesis sobre *bar-kino* > *Barkino*, así que remito a los dos trabajos para una descripción pormenorizada de los datos y de los resultados reunidos. Resumiendo, diremos que *bar-* en Cerdeña denota “regularmente” un ‘valle’, una ‘depresión’ en la que pasa un ‘torrente’ o ‘se deposita agua de montaña’. *Bar-aci* (*-aci* es quizás la marca de plural *-ak*) es una confluencia entre varios montes que crea un valle múltiple y profundo en Nurri. *Bár-kuri* (< **kor-i*, v. *gorri*) es una depresión en Loceri, formada por una estratigrafía de peñas rojas en las que transcurren varios cursos de agua. Según mi hipótesis, *Bar-kino* presenta pues la base *bar* ‘depresión’ y el morfema *-kino*, que bien podría

⁸ Lilliu (1988).

⁹ Mencionado en el *Condaghe di Santa Maria di Bonarcado* (ed. Viridis, 2002, c. 108).

¹⁰ Untermann (1990, I: § 7.137).

reflejar – como en tantísimas construcciones paralelas – una preposición que indicara la posición del asentamiento primitivo respecto del valle: algo así como ‘entre, al lado de’ etc. (y los restos de material neolítico descubiertos en la pendiente de Montjuic parecen dar una confirmación a esta hipótesis).

4.4. *kére*

La base *kére*¹¹ es seguramente una de las más seguras en la reconstrucción de equivalencias prehistóricas y semánticas. En este caso afortunado que ya he anticipado, tenemos la correspondencia múltiple siguiente: dato epigráfico *kére* = dato toponomástico ibérico *kere* = dato toponomástico paleosardo *kere*. La toponimia pirenaica, como ya he dicho, perpetúa un lexema que lleva el significado de ‘roca, peña’, y que puede favorecernos la decodificación de los topónimos de alta montaña catalana del tipo *Quer-foradat*, *Quer-alb*, *Quer-alt*, algunos convertidos en antropónimos. Y no iríamos muy lejos si consideráramos los *Cer(e)-etani* de la *Cerdanya*, o sea de la región que más topónimos con *Quer-* muestra, como ‘los habitantes de las peñas’. Naturalmente, si esta decodificación, como yo creo, fuera satisfactoria, el antropónimo aquitano *Cere-cotes* reflejaría nada más ni nada menos un nombre tautológico, ib. *kére* + lat. *cotes*. Pues bien, los topónimos paleosardos con *kere* muestran unánimemente el significado de ‘roca, bloque de montaña granítica o basáltica, peña’. El caso más precioso es *kére-mule* (< *-mele* por disimilación), o sea ‘montaña negra (**bed*)’, lo que resulta vistosamente a quienquiera visitar la enorme montaña volcánica negra del lugar. El *erriu ke-á* de Tonara es precisamente un ‘torrente de montaña que atraviesa un recorrido rocoso’. También *nini-keri* de Fonni es un costado de montaña elevado, que queda nevado varios meses al año (y por ello la base **ninin* > v. *ihintz* ‘hielo, escarcha’). Para mí no hay alguna duda que *kére* representa la variante ibérica del mediterráneo **karra* (para algunos céltico) y del vasco **karr-i* > *harri*.

4.5. *kelti* [keli]

Otra base que a mi parecer puede derivar sin grandes inconvenientes del aporte ibérico a la cultura y a la lengua paleosarda en el último periodo de

¹¹ Untermann (1990, I: 226).

existencia – digamos durante el primer milenio a.C. – es *kili*, que procederá de un [keli] < <kelti>. ¹² Antes de intentar su desciframiento, es oportuno eliminar la reserva gráfica, que como en el caso de <ilti> reflejará un grupo <lt> pronunciado en época tardía como [l]. La semántica de *kili* se puede obtener razonablemente del análisis de varios compuestos toponímicos en los que tenemos otras raíces ya descifradas. Así pues, *kili-melis* en Nuoro, con *mel(is)* < **bel* ‘negro’, un profundo declive entre Nuoro y Lollove, protegido del sol hasta muy tarde, por donde pasa un torrente. Más transparente aún *kili-kere*, un costado de roca granítica (*kere!*) en Orune atravesado por el *rivus Dukori* que lleva a Larana-Marrerri. *Kili-vani* (< -**fani*) es una localidad (y un pueblo) atravesada por el río *Mannu*, que por su caudal es el segundo más grande de Cerdeña. Dos torrentes de Tonara llevan igualmente la raíz *kili*: *kil-itz-ó* (con *itz* ‘escarcha, hielo, lugar helado’) y *kil-is-ari* (con **is*, como *is-ari*, *is-ale*, *is-ai*, base hidronímica). A mi parecer es perfectamente probable que *kili* sea el heterosinónimo de lat. *rivus*, y que *kili-melis* corresponda al *rivu nigheddu* ‘rivus nigellus’ y al híbrido *ri(s)u-mele* que se hallan en las cercanías del primero. Sería, en fin, extraordinario, pero razonable pensar que el *kelti-beles* ibérico correspondiera al *kili-melis* paleosardo, ambos designando un antropónimo basado en un compuesto toponímico, *Río Negro*, o mejor aún *Riotinto*, que es como saben también un apellido. La metafonía de *kel(t)-i* ha provocado el cierre de la *e* tónica, así como sucede en algunos casos con *ker-i* > *kiri* (*kiri-n-deu*, de nuevo una ‘roca gigante’ cerca de Loceri). Como ven, semántica cognitiva y lingüística histórica producen resultados aceptables en el desciframiento de restos paleohistóricos.

4.6. ili

La base *ili* es, quizás, una de las más notables y llamativas por lo que se refiere a la presencia de iberos en Cerdeña durante el Calcolítico y la Edad de Bronce. También me he referido a esta base en un trabajo reciente, así que me limitaré a pocos detalles. ¹³ Pomponio Mela (II, 7, 123) nos recuerda que: *in ea insula [Sardinia] populorum antiquissimi Ilienses*, dándonos a entender que las tribus que se rebelaban a los Romanos en las

¹² Untermann (1990, I: 260).

¹³ Blasco Ferrer (2011b)

montañas inaccesibles del Gennargentu se hallaban en la isla *ab illo tempore*. La misma raíz *ili* se encuentra además en varios topónimos (*Ili-ai*, *Ili-é* etc.), mostrando cuánto era de productiva. El problema principal que afecta a esta correspondencia, concierne a la equivalencia gráfico-fonética entre el grupo <lt> del ibérico y la pronunciación [l] del paleosardo y, como saben, también de las correspondencias latinas del ibérico (*iltir̄ta* = *ilerda* etc.). De Hoz, en varios trabajos¹⁴, piensa que se trate de una grafía compleja («un grupo formado por la única lateral que poseería esa lengua seguida de oclusiva»), pero no hay que descartar la posibilidad de que el grupo <lt> reflejara una grafía etimológica, ya no más funcional en tiempos de documentación más avanzada, o incluso un *cluster* simbólico para una líquida que no era apico-dental. En este sentido haré mención también de la sorprendente equivalencia existente entre el ibérico *Bilbilis* y el pueblo paleosardo *Ibilis*, que aparece en la documentación antigua como un núcleo de población septentrional, y eso a pesar de las diferencias de detalle ([b]-inicial puede haberse caído; curioso que vasc. *bipil* < **bil-bil*, signifique ‘pelado’, o sea ‘terreno sin árboles y árido’, lo que va bien para ambos referentes).

4.7. laku

Otro morfema muy productivo en paleosardo es *laku(n)*, correspondiente a ib. *lakun*, *lako*, *laku*¹⁵. La zona en la que aparece este morfema en la toponimia se halla regularmente en alturas, donde suele representar secciones de montaña, en las cumbres o en las partes altas de colinas y *denotata* similares: *Láconi* < *lakon*, *lakon-ei* (Tonara), *lakon-itzi* (con *itzi*). En resumen, el valor concreto del morfema no está claro, pero creo que la convergencia de datos resulta significativa y permite apuntar a un valor oronímico *lato sensu*.

4.8. ór̄tin

Una base que ya he tratado en esta reunión y en varias ocasiones es ib. *ór̄ti(n)* y variantes.¹⁶ En Cerdeña, la base *ortu-* (con una *-u-* que podría ser secundaria, como en *turr-u-nele* < *turri-nele* o *gutur-u-nele* < lat. *guttur*),

¹⁴ De Hoz (resumen actualizado en 2010 I: 466-7).

¹⁵ Untermann (1990, I: 228), Moncunill (2011: 96).

¹⁶ Untermann (1990, I: 129); Moncunill (2011: 105).

designa regularmente lugares y localidades situadas en el fondo de profundos valles o en cuencas: así, *Ortu-eri* o *Ortulé* (Urzulei). De nuevo parece que la toponimia y la dialectología pirenaica nos ayudan: en un trabajo poco conocido¹⁷ varios estudiosos catalanes han observado que en los valles de Pallars, Conflent y Cerdanya varios ‘barrancos’ y ‘desfiladeros’, así como ‘valles profundos’, llevan el morfema *ort-*: *Ortó*, *Ortoves*, *Ortós*. No creo pues que sea muy atrevido defender la opinión de que *ort-* en ibérico y paleosardo pueda corresponder a un significado similar, y que de nuevo un antropónimo ibérico, *Ordumeles* < *ońtin-beles* muestre plena correspondencia con los numerosos topónimos del tipo *ortu-mele* (y con *m* protética < lat. *mons*: *m-ortu-mele*) que se hallan en Cerdeña, tal como los nombres vasc. *Arambelz*, fr. *Vaubrun* o al. *Schwarzatal* significan igualmente ‘valle negro (oscuro)’.

5. Conclusiones

Las conclusiones de esta breve contribución se sacan muy rápidamente. La comparación entre lenguas de substrato, o sea mal conocidas en su forma y en la semántica subyacente, entraña siempre el peligro de valerse de meras homonimias. He querido insistir desde el primer punto en que la reconstrucción del paleosardo se ha logrado a través de un método moderno de análisis estructural, lo que ha permitido descubrir su carácter aglutinante. La comparación con el ibérico se ha basado pues en dos principios: equivalencia formal, con explicación de posibles alomorfismos, y acercamiento al posible significado, central o marginal, de los morfemas confrontados mediante la inspección meticulosa de los *denotata* paleosardos. En algunos pocos casos ha sido posible hallar confirmación a los supuestos valores arrojados por los referentes paleosardos en idénticas bases pirenaicas – o sea en territorio ibérico hasta prueba contraria – que muestran significados mantenidos en el léxico común o recuperables igualmente mediante los *denotata*.

El ibérico que se descubre así en compuestos paleosardos representa una incrustación tardía en la estructura principal del substrato, que – a mi parecer, y no sólo mío – es paleovasca o paleoeusquérica. De este modo logramos aislar varias composiciones híbridas, con nuevos elementos que se unen a elementos autóctonos de origen remota, dando como resultado

¹⁷ Planas Batlle (2008).

final esquemas inéditos en una isla que atrajo durante siglos flujos de colonización.

Bibliografía

- Blasco Ferrer, Eduardo (2010): *Paleosardo. Le radici linguistiche della Sardegna neolitica*, Berlin/New York, de Gruyter.
- Blasco Ferrer, Eduardo (2011a): *A new Approach to the Mediterranean Substratum with an Appendix of Palaeosardinian Toponyms*, Romance Philology 56: 459-484.
- Blasco Ferrer, Eduardo (2011b): *IliNur y Cerecotes. Dos notas críticas sobre Onomástica y Reconstrucción de Prelenguas*, Revista de Filología Asturiana 9-10: 11-43.
- de Hoz, Javier (2010): *Historia lingüística de la Península Ibérica*, vol. I, Madrid, CSIC.
- Lakarra, Joseba (2011): *Erro monosilabikoaren teoria eta aitzineuskararen berreraiketa: zenbait alderdi eta ondorio*, Fontes Linguae Vasconum 113: 5-115.
- Lilliu, Giovanni (1988³): *La civiltà dei Sardi. Dal Paleolitico all'Età dei Nuraghi*, Torino, Nuova Eri.
- Moncunill Martí, Noemí (2011): *Els noms personals ibèrics en l'epigrafia antiga de Catalunya*, Barcelona, IEC.
- Planas Batlle, Xavier/Ponsa Vidales, Aúreta/Belmonte Ribas, Ánchel (2008): *El substrat preromà en la toponímia relacionada amb instabilitats de vessant en l'àmbit geogràfic nord-oriental de la Península Ibèrica*, Fontes Linguae Vasconum 40 (109), 481-511.
- Rodríguez Ramos, Jesús (2002): *The lexeme ars in the Iberian onomastic system and language*, Beiträge zur Namenforschung 37/3: 245-257.
- Untermann, Jürgen (1990), *Monumenta Linguarum Hispanicarum III. Die iberischen Inschriften aus Spanien*, vol. I, Wiesbaden, L. Reichert.
- Viridis, Maurizio (a c. di, 2002): *Il Condaghe di Santa Maria di Bonarcado*, Cagliari, Cucc/Centro di Studi Filologici Sardi.